

---

This is the **accepted version** of the article:

Úcar, Xavier. «Prólogo : ¿Quiénes son los expertos en el campo de la sociocultura: los técnicos o la ciudadanía?». A: Evaluación participativa en la acción comunitaria. Aproximació teórica y metodológica. Vol. 1 Núm. 1 (2015), p. 9-19. 10 pàg. Madrid: Editorial Popular.

---

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/251573>

under the terms of the  **CC BY** COPYRIGHT license

REFERENCIA: ÚCAR, X. (2015) "Prologo: ¿Quiénes son los expertos en el campo de la sociocultura: los técnicos o la ciudadanía?", pp. 9-19. En. H. Núñez (2015) Evaluación participativa en la acción comunitaria. Aproximaciones teórica y metodológica. Madrid. Editorial Popular.

## **Prologo: ¿Quiénes son los expertos en el campo de la sociocultura: los técnicos o la ciudadanía?**

Hasta no hace mucho tiempo era una idea asumida e integrada que la ciencia la hacen los científicos; que sólo los técnicos se pueden ocupar de la técnica y que, quien no forma parte de estos colectivos, sólo puede ser paciente, destinatario, informante, espectador, cliente, votante o usuario. La ciencia y la técnica -también el arte- se hallaban rodeadas como de una aureola diferencial que las situaba por encima del común de los mortales. Para acceder a dichos mundos exclusivos había que subir algunos escalones y quizás, también en algunos casos, utilizar el ascensor. Entre dichos escalones se encontraban, por ejemplo, el del lenguaje; el de los procedimientos; el del conocimiento; el de la formación; y el del oficio.

La ciencia, la técnica y el arte era tres "*olimpós*" reservados tan sólo para los iniciados. Unos "*olimpós*" fortificados que estaban al cuidado de *tribus académicas* (Becher, 2001), colegios y asociaciones profesionales o sociedades científicas. En la modernidad de nuestras sociedades los tres vinieron a complementar en unos casos y a substituir en otros el papel que la iglesia y las aristocracias jugaban en la antigüedad.

Todo esto ha sido así durante muchos años y todavía sigue siéndolo en la mayoría de los campos científicos, técnicos y profesionales de las sociedades desarrolladas. Pero, desde el último tercio del siglo pasado, algo ha empezado a cambiar -sobre todo, aunque no únicamente- en el ámbito de las ciencias sociales y humanas.

Numerosas voces en el campo de la política, de la sociología, de la pedagogía y de la psicología, entre otras, han abogado por empezar a contar con "*el otro*" o "*los otros*" en cualquier planteamiento técnico o científico. Abogan, también, por hacer algo más que escucharlo o consultarlo en la investigación; por devolverle el protagonismo en la interpretación de las causas de lo que le pasa y, en general, de los problemas y situaciones que envuelven su propia vida; por reconocer, en definitiva, que tiene una voz propia y que es capaz de hablar por sí mismo; sin intérpretes ni mediadores. Desde las perspectivas más críticas se ha planteado, incluso, que los investigadores de lo social y lo cultural no han estado haciendo otra cosa, a lo largo de las últimas décadas, que usurpar las voces de la ciudadanía.

Lo que resulta cierto es que cada vez hay más enfoques en las ciencias sociales que han comenzado a reclamar la implicación de las personas de las comunidades en la investigación y en la propia intervención. Desde su punto de vista, aquella implicación es requisito ineludible para poder dar respuestas científicas, técnicas y profesionales más ajustadas a las situaciones y problemáticas comunitarias. No sólo por el hecho de que las personas que las configuran puedan participar en dichos procesos sino, sobre todo, porque los resultados de los mismos van a ser más adecuados, más eficientes y, sobre todo, más asumidos y aceptados por el hecho de que han sido las mismas comunidades quienes han tenido un importante protagonismo en su elaboración.

En el ámbito específico de la política, por ejemplo, Herrera/Castón afirman que en los países desarrollados, se ha pasado de modelos de política social verticales, jerárquicos y normativos a otros de tipo horizontal, relacional e interactivo que implican, necesariamente en su elaboración, a la ciudadanía. Aunque la política social sigue siendo en la actualidad una forma de control, aquellos autores distinguen dos modalidades de acción política. La caracterizada por las denominadas *formas de integración sistémica*, que se diseñan y aplican de arriba a abajo; que son racionales, prescriptivas y normativas y que se han desarrollado en la primera modernidad. Y las *formas de integración social*, que emergen en las sociedades más complejas y que se caracterizan por ser diseñadas e implementadas desde abajo a través de la participación de una pluralidad de agentes que son, a un tiempo, *sujetos y destinatarios de la política social* (2003, p.17). Más recientemente y en esta misma línea Subirats/Parés plantean las nuevas formas de gobierno que están emergiendo en estos últimos años; las denominadas de *innovación social*. Aquellos autores caracterizan dichas formas políticas con los siguientes atributos: (1) *radicalidad democrática*; (2) *colaboración*; (3) *conectividad*; (4) *presión e implementación*; y (5) *glocalización* (2014, p. 110-11). Son formas de acción política en las que la ciudadanía y las propias comunidades, actuando con los políticos –o, en más de un caso, incluso a pesar de ellos-, desempeñan un papel crucial.

Todo esto nos lleva a la pregunta con la que hemos iniciado este prólogo: ¿Quiénes son los expertos en el campo de la sociocultura: los científicos, los políticos, los técnicos o la ciudadanía? O, si quereis, de una manera más específica, ¿quién tiene que responder o actuar frente a las situaciones y problemáticas de la ciudadanía y de las comunidades? ¿Los científicos y los profesionales; los políticos; las propias comunidades o todos ellos juntos?

Quizás debería empezar diciendo que utilizo el término *sociocultura* en vez de otros términos de uso más común como “*la sociedad*”, el “*campo social*” o “*lo social*”, porque me parece un concepto más adecuado para ilustrar la complejidad de la realidad de la que estamos hablando. Con el concepto de *sociocultura* me refiero a las relaciones sociales generadas por el encuentro de identidades culturales personales, grupales y comunitarias en el marco, físico o virtual, que posibilita un contexto cultural o multicultural específico.

En el marco de las acciones o intervenciones sociales, culturales y políticas, el cambio en las relaciones establecidas entre los profesionales de la sociocultura y la ciudadanía,

se ha ido produciendo de una manera gradual con el incremento en la complejidad de las relaciones interpersonales, grupales y comunitarias. La jerarquía entre el científico, el técnico o profesional -que poseen los conocimientos y las soluciones- y el participante -que sufre las problemáticas- ha prefigurado hasta ahora escenarios en los que el conocimiento y la acción de los primeros se complementaba con la ignorancia y la pasividad de los segundos. Se podría decir que, entre muchos otros factores, ha sido la propia puesta en cuestión de la insuficiencia de lo técnico, para responder por sí solo a la complejidad de las problemáticas humanas, lo que ha propiciado una nivelación de los respectivos roles.

Lo que hemos aprendido a lo largo de estas últimas décadas es que la ciencia social o sociocultural no la hacen sólo los científicos y los técnicos; la hacemos entre todos y todas las que vivimos y constituimos la sociocultura. Nadie sabe mejor que cada uno de nosotros -por más formado que esté, desde el punto de vista científico o técnico,- cómo se vive y se experimenta nuestra vida. Y difícilmente va a haber un técnico o un científico -sea médico, psicólogo, político, economista o pedagogo- que pueda responder o solucionar nuestras situaciones o problemas sin contar con nosotros y con nuestra particular forma de ver y de experimentar el mundo.

En los inicios de este nuevo milenio las personas ni sabemos ni nos contentamos ya con ser *pacientes* en el mundo de la medicina ni con ser *destinatarios* o *grupo diana* en el mundo de la educación. Si en otro tiempo tuvimos paciencia y resignación ya no las tenemos ni deseamos recuperarlas: sabemos quiénes somos y dónde estamos, y tenemos una voz propia que es capaz de responder a los propios intereses, anhelos y posibilidades. Queremos ser lo que somos: esto es, protagonistas de nuestras vidas; algo que nadie puede ser por nosotros; algo en lo que nadie nos puede substituir. Queremos tomar nuestras propias decisiones y hacer nuestras propias elecciones en todo aquello que nos afecta. Postman (1999) lo dice claramente, no hay expertos, no puede haberlos en vivir la vida o en amar. La vida se vive viviéndola en primera persona y esa es una experiencia que sólo la puede sentir y comprender en su más pleno y profundo sentido quien la está experimentando.

Me parece que tenemos que cambiar el foco de la acción en el marco de la sociocultura y, más en concreto en el marco socioeducativo o sociocomunitario. El protagonista ya no es el experto, el científico o el profesional ni tampoco lo es, por otra parte, la ciudadanía. El protagonismo lo tiene la relación, la interacción socioeducativa que nos interpela a los dos, al técnico/experto/profesional y al ciudadano/a y nos pide que seamos capaces de dar lo mejor de nosotros mismo a búsqueda de lo común y de una mejora en la calidad de vida de las personas y las comunidades.

Todos y todas somos necesarios para construir una visión más sentida, más pensada, más ajustada, más participada y, en consecuencia, más compleja y más capaz de responder mejor a los desafíos de la realidad. Cada uno de nosotros aportando aquello que tiene: el científico su ciencia; el técnico su técnica; el artista su arte y el ciudadano su conocimiento sobre cómo se vive su vida y cómo se experimenta su ciudadanía. Sin jerarquías ni distancias; cada uno jugando el rol que le permita aportar más y mejor a

la construcción de un conocimiento compartido, colectivo y común sobre la sociocultura; un conocimiento que nos permita vivir mejor y de manera más plena.

Hay que afirmarlo con rotundidad, por si todavía existen reticencias a bajar de los “*olimpas*”, sea por la escalera o por el ascensor: los científicos, los técnicos, los profesionales y los ciudadanos no somos sino personas que, más allá de los roles que representamos, sentimos, pensamos y vivimos intentando tener unas vidas dignas que nos hagan sentir bien. Eso nos nivela, nos equipara, nos iguala y nos libera de aureolas que no construyen sino distancias y diferencias entre nosotros.

Todas las experiencias de investigación e intervención social y educativa, que se iniciaron a lo largo del pasado siglo con la gradual participación e implicación de las personas en los procesos de investigación (*investigación acción; investigación participativa*, etc.), están evolucionando a lo que en la actualidad se denomina *co-investigación* (Revista *Derive Approdi* y otros, 2004) o *co-diseño*. Las experiencias de co-diseño se están extendiendo cada vez más por el ámbito de las ciencias de la sociocultura y la pedagogía social o, de manera más concreta, la acción comunitaria, no es una excepción.

Estas experiencias de acción, intervención o investigación suponen que expertos en una temática concreta, en este caso, en evaluación y personas –la ciudadanía- no expertas en aquel tema, trabajan conjuntamente en un proyecto concreto. Es una experiencia de co-diseño y co-investigación porque expertos y no expertos trabajan conjuntamente y al mismo nivel en todas las fases del proyecto: desde la selección del objeto/temática/actividad a evaluar hasta el diseño y aplicación de la metodología de evaluación y tratamiento de los resultados. Unos y otros aportan el conocimiento y la tecnología específica de que disponen: los científicos y los técnicos, su experiencia en evaluación; la ciudadanía su conocimiento de primera mano de la realidad física y sociocultural del territorio. Y unos y otros se enriquecen, también, durante el proceso: ambos realizan aprendizajes y adquieren nuevos recursos que los empoderan como personas y/o como profesionales.

Esto es lo que os disponéis a leer en este libro. Un texto teórico y práctico que sin duda va a ser de mucha utilidad para todos aquellos y aquellas que tienen que trabajar día a día y codo con codo con personas que viven de manera cotidiana y normalizada sus vidas en las comunidades. Y no sólo me refiero a los políticos municipales o a los técnicos comunitarios, sino a los profesionales de la sociocultura en general, esto es, a los sociólogos, trabajadores sociales, antropólogos, psicólogos, educadores sociales y un muy largo etcétera.

Como vais a poder descubrir ampliamente en el libro, la evaluación participativa es una metodología de acción comunitaria que, aunque de reciente aparición en el campo académico, ya ha empezado a mostrar sus potencialidades en el trabajo con grupos y comunidades. Y está demostrando ser una herramienta muy potente para el aprendizaje y el empoderamiento de personas y comunidades.

Quiero decir también, lectores y lectoras, que, a día de hoy, no existe en nuestro país ni tampoco en castellano un texto sobre la evaluación participativa tan actualizado, tan rico en contenido y en experiencia como el que os disponéis a leer. Y eso me lleva a hablar de su autor, el profesor Héctor Núñez. Lo cierto es que lo he llamado profesor, pero con la misma propiedad lo hubiera podido llamar educador social, técnico comunitario, educador de niños y jóvenes o investigador. En todos esos roles profesionales Héctor se ha desempeñado y desempeña con seguridad, eficacia y eficiencia. Puedo atestiguarlo, porque llevamos casi 10 años compartiendo una aventura intelectual y vital en el campo de la pedagogía social y la acción comunitaria.

En ninguno de esos dos campos es posible hacer aportaciones útiles para la práctica de la acción comunitaria solamente leyendo o pensando. Hay que estar en la calle, en el barrio; con las personas que viven y trabajan en y por las comunidades. Allí donde, conscientes de los diferentes roles que unos y otros jugamos, nos encontramos en acciones y actividades que buscan el bien de la comunidad y de las personas que la configuran. Es desde esa conciencia de trabajo y responsabilidades compartidas desde donde os habla este libro.

## **Bibliografía**

- Becher, T. (2001). **Tribus y territorios académicos. La indagación intelectual y las culturas de las disciplinas.** Barcelona: Gedisa.
- Herrera, M.; Castón, P. (2003). **Las políticas sociales en las sociedades complejas.** Barcelona. Ariel.
- Postman, N. (1999). **El fin de la educación.** Barcelona. Octaedro.
- Revista Derive Appodi; Precarias a la deriva; Revista Posse; Colectivo Situaciones; Grupo 116; Colectivo Sin Ticket (2004). **Nociones comunes experiencias y ensayos entre investigación y militancia.** Madrid. Traficantes de sueños.
- Subirats, J. ; Parés, M. (2014). “Cambios sociales y estructuras de poder ¿nuevas ciudades, nueva ciudadanía?” **Interdisciplina 2**, núm. 2, 97–118.